

CONQUISTA[®]

Volumen 4, Número 9

CRISTIANA

La revista para líderes
que se preparan para la acción!

Reproducción, *Charles V. Simpson* / 130
Alboroto en la Iglesia, *Derek Prince* / 132
El fruto que debemos buscar / 136
Pensamiento, *Cristiano normal* / 138
Dios y la historia del pacto: Dios El Hijo / 139

Reproducción

Charles Simpson

En el primer capítulo de Génesis Dios ordenó que la reproducción se realizara de acuerdo con su especie. Tal orden se aplica tanto a las plantas y animales como a la humanidad. Para algunos, este mandato es imposible de cumplir por razones biológicas; para otros, por un llamado celibato. No obstante, todos tenemos mucho interés en la reproducción de generaciones futuras, sus valores y su punto de vista con respecto a la herencia y a la historia. Los hijos son de vital importancia para el futuro porque ellos serán responsables de su generación. Existen muchas ilustraciones que muestran su participación tanto en los propósitos de Dios como en la historia universal.

El mandato de Dios para reproducirse provoca un deseo que se arraiga profundamente en nuestra conciencia. Es de orden genético y, lejos de un mero aprendizaje, resulta más bien de carácter instintivo. Raquel estaba tan embargada de tal deseo que clamó a Jacob: —Dame un hijo o moriré.

Puesto que este deseo de reproducción es tan profundo e instintivo, algunos temen que la tierra sea superpoblada; especialmente quienes promueven el aborto y el control de la natalidad.

El problema no es que tengamos hijos, sino el no saber qué hacer con ellos una vez que los tenemos, porque no se establecen requisitos para este enorme desafío. Los hijos no vienen al mundo con los genes ideales, porque los padres tampoco son ideales y no están libres de pecado. Surgen de nuestra simiente.

La reproducción también trae nuestra naturaleza pecaminosa. Si queremos tener éxito al criar hijos, no debemos ignorar los problemas humanos (Romanos 3:23).

Sin embargo, el problema que la mayoría enfrenta no tiene que ver con tener hijos o no. ¿Qué haremos con ellos una vez que los tengamos y cuán importantes serán ellos para nosotros? El aborto, el maltrato, el rechazo y el crimen juvenil han venido a ser aspectos trascendentales porque hemos abandonado la instrucción bíblica para dar paso a Freud, a Spock a un séquito de "expertos seculares", la mayoría de los cuales han sido un fracaso en la crianza de sus propios hijos. Los padres modernos fracasan porque ignoran los temas del pecado y de la salvación. En lugar de esto, muchos cristianos, se han ido en busca de instructores relegando la enseñanza bíblica como fuera de moda.

Además, los padres, de manera creciente, han estado satisfechos con procrear y dejar el cuidado e instrucción a otros, quienes bien podrían enseñar a los niños muchos asuntos menos los valores bíblicos y, de hecho, a deshonorar a sus propios padres. Aun el entretenimiento suele enviar mensajes perversos sobre la sabiduría de los padres y sus aptitudes. Esta deshonra hacia los padres ha

producido un irrespeto al resto de la sociedad.

En muchas ciudades, los hijos son más propensos al asesinato que a ser educados en una universidad; a ser encarcelados antes que estimulados y la solución no radica en el dinero. Hemos llegado a creer que la inversión por parte del Estado es la respuesta a todos los males sociales. De hecho, hemos encendido los fuegos de la destrucción con nuestro dinero. En muchos casos, el dinero no es la respuesta, es el problema.

Las claves

Criar hijos en el temor del Señor no es un asunto de dinero ni de buena suerte. Hace muchos años, cuando nuestros hijos eran pequeños, mientras comíamos en un restaurante, una señora hizo el siguiente comentario:

—Qué no daría para que mis hijos se comportaran como los suyos.

Nos sentimos halagados y respondimos: —

También nos sentiríamos muy bien si fueran así siempre.

Más tarde pensé: Tal resultado o se obtiene solo por buenos deseos. Recordé cuantas veces oramos y lloramos por ellos.

Existen muchas claves para criar hijos que teman a Dios, de tal manera que se les abran las puertas de la vida.

He aquí sólo algunas:

1. *Reconocimiento de la naturaleza y del propósito divino.* Los hijos nacen con la imagen y el propósito de ellos, su reconocimiento define tanto el curso de ellos como el de los padres.
2. *Consagración del primogénito* (Éxodo 13:1,2,13-15). Este hecho nos recuerda que lo primero de toda la vida y de las posesiones pertenece a Dios y es separado para su servicio.
3. *Oración e intercesión por nuestros hijos.* Al levantarlos ante Dios hacemos que los recursos de Dios contribuyan en nuestro esfuerzo de paternidad en sus vidas. La oración con ellos les abre las puertas del cielo.
4. *Comunicación.* No somos la única influencia sobre nuestros hijos. La buena comunicación asegura que podemos representar la más fuerte influencia en ellos.
5. *Santificación del primer día.* Hay numerosos beneficios que proceden de hacer del primer día de la semana el día del Señor. La adoración juntos mantiene a Dios y su Palabra en el centro del proceso de la vida. Refuerza el concepto de la justicia. Lo que se aprende el domingo, afecta el lunes.
6. *Ser ejemplo.* Lo que hacemos en su presencia agrega o destruye la credibilidad de todo el proceso. Los hijos aprenden más a observar que a escuchar.
7. *Enseñarles a honrar* (Éxodo 20:12, Efesios 6:1, Colosenses 3:20). Honrar es la manifestación de respeto y estima. Los hijos que aprenden a honrar tienen mayor

- posibilidad de recibir honra. A quienes honren, también emularán.
8. *Enséñeles a ser responsables.* Los recursos sin la responsabilidad destruyen la habilidad del hijo para enfrentar y contribuir hacia la vida. Mientras más pronto un hijo acepte responsabilidad, tanto más será propenso al éxito. Al final, es uno quien disfruta la medida de libertad que un hijo puede administrar con responsabilidad.
 9. *Consecuencia y perseverancia.* Ser consecuente y enseñar consistencia es como depositar a diario en el banco. Produce carácter y confianza en los hijos, a largo plazo; se puede contar con ellos (Deuteronomio 6:1,2,5-7).
 10. *Disciplina.* La disciplina es el mecanismo de retribución y castigo que sirve para entrenar al hijo a caminar dentro de los límites y alcanzar metas (proverbios 22:6). Debemos ver la disciplina como un medio de entrenamiento y no como castigo.
 11. *Afirmación y estímulo.* El padre, más que nadie, establece identidad. Una contribución positiva produce hijos positivos.
 12. *Enséñeles a escoger.* No existe otro atributo que pueda definir mejor la madurez. Los padres pueden enseñar a los hijos cómo escoger. Escoger a Cristo, escoger al Espíritu Santo, escoger una vocación, escoger su cónyuge, son solo cuatro de las más importantes decisiones. Los padres pueden tomar las decisiones por los hijos pero, enseñándoles a escoger les permitirá decidir correctamente —no sólo en estas áreas, sino también a lo largo de su vida (Isaías 7:16).

Debemos criar a nuestros hijos con el conocimiento de que un día ellos serán los que deberán cuidar de nosotros (o fracasarán, dependiendo de cómo los formemos). Los sistemas de seguridad social o nuestras pensiones puede que no provean lo suficiente para nuestro sostén, no nos sujetarán las manos o no nos limpiarán la cara, tampoco nos dirán un "papi, te amo". El gobierno nunca dirá a nadie: "Gracias, mamá, por haberme dado la vida", o "vamos a sentarnos juntos hoy, cuando caiga el sol, me quedaré a tu lado". Cuando el día venga en que ya uno no se pueda levantar, y todo lo que hayamos tenido le pertenezca a otro... ¿de quién serán las manos que se extenderán a fin de recibir la experiencia acumulada, las posesiones, y los afectos de la vida? ¿Cómo serán esas manos... frías, egoístas, ásperas o serán las manos tiernas de un buen mayordomo? No hay pregunta que puntualice la vida de manera más poderosa.

La palabra "herencia" puede tener dos connotaciones: lo que uno recibe o lo que uno deja. El Salmo 127:3 dice que los hijos son herencia de Dios. Son su regalo para nosotros y nuestro regalo al mundo. Cuando ya no estemos, serán los hijos los que permanezcan como *bendición* o como *problema* para el mundo,

Para algunos de nosotros ya podría ser muy tarde —los

hijos ya crecieron, se hizo lo que se pudo. Ya se logró todo pero aún se puede orar. Tal ve los nietos ofrezcan una pequeña oportunidad para practicar la sabiduría y el cuidado. Sin embargo, es tiempo para que digamos que junto a Dios, y por Dios, los hijos tienen prioridad. Nos corresponde cambiar la sociedad. No es muy tarde para que prestemos atención a la verdad de Malaquías 4:6. Si los corazones de los padres no se vuelcan a los hijos y los corazones de los hijos a los padre, nuestra herencia será una maldición. Esta es la última frase del Antiguo Testamento y una advertencia de parte de Dios a Israel y a nosotros. Es hora de prestarle atención.

El Estado no debe criar a nuestros hijos. Nuestro problema nacional no es una carencia de programas, de dinero ni de educación; es un problema de corazón... nuestros corazones. No existe otra persona que pueda decir, en lugar de nosotros, a un hijo nuestro: —Me importas mucho. Δ



Charles Simpson
es editor de la revista
CHRISTIAN CONQUISTA.
Ministra dentro
y fuera de los
Estados Unidos
de Norteamérica.

*Invitamos
a pastores y ministerios
para que envíen
artículos de actualidad
que sirvan de bendición
al cuerpo de Cristo.*

Envíe únicamente los artículos a:

Noé Martínez Q.
Editor de Conquista Cristiana
Apartado 200 — 2150 Moravia, Costa Rica
E-mail: noe@cool.co.cr.

*Publicaremos los artículos, en orden de presentación,
de acuerdo con los temas de nuestro programa.*

*Las cartas y suscripciones debe enviarlas al
Apartado 5551-1000 San José, Costa Rica*

Alboroto en la Iglesia

Han llegado reportes de grupos cristianos desde lugares muy separados de lo que parece ser un nuevo fenómeno. Creyentes de diferentes edades y formaciones han sido vencidos por prolongados arrebatamientos de risa sin causa obvia alguna. De vez en cuando también actúan como si estuviesen ebrios.

Frecuentemente, esta risa parece ser contagiosa. Los que la han experimentado parecen «transmitirla» a otros. Grandes grupos son embargados por la risa simultáneamente.

Tanto ministros y laicos de una vasta gama de denominaciones han sido afectados de esta manera. Algunos testifican haber tenido un efecto estimulante para su fe, que los ha llevado más cerca del Señor. Otros se muestran escépticos y consideran este tipo de experiencia un engaño del enemigo.

Frecuentemente me preguntan: ¿Cree usted que el Espíritu Santo de vez en cuando provoca a la gente a reírse prolongada y exuberantemente, sin aparente razón alguna? «Claro que lo creo», les respondo, «porque así fui salvado hace más de 50 años.»

Un testimonio personal

En el verano de 1941, formaba parte de una unidad médica del ejército británico acantonado en un hotel en la Bahía del Norte de Scarborough en Yorkshire. El hotel había sido desmantelado de todo su mobiliario y accesorios. Nuestras «camas» no eran otra cosa que colchones de paja en el suelo.

Durante mi estancia en Scarborough, tuve breves contactos con cristianos pentecostales que me enfrentaron con la necesidad de aceptar a Cristo Jesús como mi Salvador personal. En aquel momento de mi vida era un anglicano nominal, y jamás iba voluntariamente a la

iglesia. Nunca antes había oído de los pentecostales y no tenía idea alguna de lo que creían ni de la clase de gente que eran.

Sin embargo, nueve meses antes había empezado a leer la Biblia, desde el comienzo hasta el fin. No la leía con ningún motivo religioso.

Simplemente consideraba la Biblia como una obra filosófica. Siendo filósofo profesional sentía que era mi obligación académica investigar lo que la Biblia tenía que decir. En ese momento había llegado hasta el libro de Job, ¡pero era una tarea aburrida!

No obstante, confrontado de esta manera con las exigencias de Cristo, determiné una noche, alrededor de las 11, orar «hasta que sucediera algo». Cerca de una hora luché en vano por producir alguna forma de oración coherente. Entonces, alrededor de la medianoche, sentí la presencia de alguien; me encontré yo mismo diciéndole a esa persona desconocida lo que Jacob había dicho cuando luchó con el ángel en Peniel:

—No te dejaré, si no me bendices (Génesis 32:26).

Repetí estas palabras varias veces con intensidad creciente: «No te dejaré, no te dejaré...» entonces empecé a decirle a la misma persona desconocida: «Haz que te ame más y más.» Al llegar a estas últimas palabras empecé a repetirlas de nuevo: «más y más y más ...»

En ese momento una fuerza invisible vino sobre mí, y caí de espaldas en el suelo, con mis manos en el aire, diciendo

—aun: «más y más y más ...».

Al cabo de un rato, mis palabras se volvieron sollozos profundos que subían desde mi vientre y pasaban por mis labios, y todo mi cuerpo temblaba convulsivamente. Los sollozos no procedían de algo en mi conciencia.

Transcurrida cerca de media hora, sin acción de mi voluntad, el sollozo

se tornó en risa. No tenía razón consciente para reírme. La risa, igual que el sollozo, fluyó de mi interior. Primeramente mi voz era muy suave, pero poco a poco se volvió cada vez más fuerte. Tenía la impresión de ser sumergido en un océano de risa que reverberaba alrededor de la habitación.

En ese momento, el soldado que compartía el cuarto conmigo se despertó y me encontró de espaldas en ropa interior, con mis manos levantadas, riéndome con estrepitosas carcajadas. Levantándose de su colchón, caminó a distancia prudente dos o tres veces alrededor de mí, sin acatar a hacer algo. Finalmente dijo:

—No sé qué hacer contigo. Supongo que de nada serviría echarle agua encima.

Una voz imperceptible dentro de mí respondió: «¡Ni siquiera el agua podría apagar esto!»

Sin embargo, me acordé vagamente haber oído antes en la iglesia que el hombre no debe blasfemar contra el Espíritu Santo. Contrario a todo mi razonamiento natural, sabía que lo que estaba en mí era el Espíritu Santo. Para no ofender a mi amigo, me di vuelta, y penosamente me arrastré hacia mi colchón. Me tapé con la manta cubriéndome la cabeza; seguí riéndome calladamente hasta que me dormí.

Al despertar al día siguiente, me di cuenta de un hecho sorprendente, pero objetivo: yo era una persona completamente diferente. Ya no me salían palabras sucias de la boca. Ya no me costaba esfuerzo orar, era tan natural como respirar. Ni siquiera podía beber un vaso de agua sin hacer una pausa para agradecerlo a Dios.

A las seis, como de costumbre, fui a la taberna a tomarme una copa. Pero al llegar a la puerta, mis piernas «se resistieron». No querían llevarme dentro de la taberna. Me quedé allí parado, discutiendo con mis piernas.

Entonces, sorprendido, me di cuenta de que ya no estaba interesado en lo que la taberna tenía que ofrecer. Di media vuelta y regresé a mi alojamiento.

Abrí mi Biblia y seguí leyendo. Sin embargo, en este momento noté el más maravilloso cambio de todos. De repente, la Biblia se volvió un libro completamente nuevo para mí. Era como si sólo hubieran dos personas en el universo: Dios y yo. La Biblia era Dios, hablándome directa y personalmente. Esto nunca ha cambiado, y es cierto tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Por casualidad abrí en el Salmo 126: 1-2:

Cuando Jehová hizo volver de la cautividad a Sion, fuimos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenó de risa...

Me detuve pensando: «Esto es exactamente lo que me sucedió. ¡No era yo quien se reía. ¡Mi boca se llenaba de una risa procedente de otra fuente!» Al seguir reflexionando, me di cuenta de que esta risa extraña, sobrenatural era el modo con que el pueblo de Dios expresaba su alegría y entusiasmo por ser liberados de su cautividad.

En el libro de Job, me llamó la atención otro pasaje que aparentemente se refería al mismo fenómeno:

Dios no desecha al íntegro... El llenará aún tu boca de risas, y tus labios de júbilo (Job 8:20-21).

También en este caso me di cuenta de que esta risa no procedía de la voluntad de la persona misma, sino en realidad de Dios mismo. Además, fue la respuesta a la certeza de «no ser desechados» —es decir, de ser aceptados por Dios.

Mientras continuaba leyendo los Salmos, hice otro descubrimiento: Dios mismo se ríe. Además, la risa de Dios no es —como creemos en occidente— la reacción a algo cómico. Más bien es la expresión del triunfo total sobre sus enemigos.

Cuando los gobernantes de este mundo deciden rechazar el gobierno

de Dios, ¿cuál es la respuesta de Dios?

El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos (Salmos 2:4).

También, cuando el maligno se opone al justo, la reacción de Dios es la misma:

El Señor se reirá de él, porque ve que viene su día (Salmo 37:13).

El Salmo 59 comienza con una viva descripción de las malas acciones de hombres no regenerados, pero nuevamente el Señor responde de la misma manera:

Más tú, Jehová, te reirás de ellos; te burlarás de todas las naciones (Salmo 59:8).

Cuando los justos ven la inexorable sentencia sobre los malignos, es natural que ellos también respondan de la misma manera que Dios:

Verán los justos, y temerán; se reirán de él... (Salmo 52:6).

Había también otro campo en el que la Biblia iluminaba lo que me estaba sucediendo. Reconocí la identidad de la persona de quien había pedido que me bendijera. Era Jesús de Nazaret: la misma persona con la que se había encontrado Jacob en Peniel. Jacob se había encontrado con él antes de su encarnación. Yo después de su resurrección.

No tenía otra manera de explicar los pasajes de la Escritura referentes a esto. La persona con quien se encontró Jacob era hombre y era Dios y, también era ángel, es decir, un mensajero de Dios al hombre (véase Génesis 32:24-30; Oseas 12:3-4). Sólo hay una persona en el universo a quien se le pueda aplicar esta descripción: aquél que vino a la tierra como humano, a Jesús de Nazaret.

Una noche, aproximadamente diez días después de mi primer encuentro con el Señor, estando acostado sobre mi colchón en el alojamiento, empecé a hablar en una lengua desconocida que me sonaba semejante a chino. Otra vez me acordé vagamente de algo que había escuchado en la iglesia sobre «el hablar en otras lenguas.» Sabía que de alguna manera eso tenía

que ver con el día de Pentecostés. Al inicio hablaba de manera tímida y vacilante, pero cuando me relajé, el fluir de mis palabras se volvió libre y fuerte.

Nuevamente, la iniciativa no era mía. Respondía a una poderosa fuerza interna que, como la risa anterior, venía de mis entrañas.

La noche siguiente, nuevamente me encontré hablando en una lengua desconocida, pero evidentemente ésta era diferente a la lengua que había hablado la noche anterior. Esta vez noté que las palabras tenían un ritmo poético muy marcado.

Después de unos momentos de silencio empecé a hablar en inglés, pero no elegía yo las palabras, y su contenido estaba a un nivel más alto que mi propio entendimiento. Además, parecían tener un ritmo similar a las palabras que había hablado antes en una lengua desconocida. Concluí que mis palabras en inglés eran una interpretación de lo que había dicho antes en lengua desconocida.

Una breve porción de lo que había dicho en inglés permanece indeleblemente impreso en mi memoria. En viva imagen esbozó el plan de Dios para mi vida. Mirando a más de 50 años atrás, puedo ver el plan de Dios desarrollado, y que aún sigue desarrollándose progresivamente en mi vida.

Una breve porción de lo que había dicho en inglés permanece indeleblemente impreso en mi memoria. En viva imagen esbozó el plan de Dios para mi vida. Mirando a más de 50 años atrás, puedo ver el plan de Dios desarrollado, y que aún sigue desarrollándose progresivamente en mi vida.

En Mateo 12:33, Jesús menciona la prueba más decisiva que deba aplicarse a cualquier forma de experiencia espiritual: «porque por el fruto se conoce el árbol». Por eso debo preguntarme a mi mismo: ¿cuál es el fruto de mi rara experiencia? ¿Es posible obtener una respuesta objetiva?

Sí, el fruto de esta experiencia ha sido una vida convertida del pecado a la justicia, de una búsqueda agnóstica en campos ocultistas a una fe inmovible en Jesucristo, según es revelado en las Escrituras—una vida que ha producido fruto en el Reino de Dios por más de 50 años. Ciertamente que esto no ha sido el resultado de alguna autosugestión o de alguna extravagancia emocional.

De vez en cuando, a través de los años, he recibido nuevas experiencias de esta risa sobrenatural. También he visto a otros creyentes ser tocados por Dios de un modo similar, pero nunca ha sido un énfasis mayor en mis enseñanzas. Casi sin excepciones, he notado que esta risa tiene un doble efecto: es tanto purificadora como estimulante. De vez en cuando viene acompañada por sanidad física o por liberación de trastornos emocionales, como por ejemplo, depresiones.

Ejerciendo discernimiento

Mi propia experiencia de la risa sobrenatural ocurrió a media noche en mi alojamiento militar hace más de 50 años. Ahora parecen haber muchos brotes con manifestaciones similares entre los grupos cristianos en diferentes localidades. Un pastor amigo mío me contó que esta risa brotó espontáneamente entre cristianos en Siberia, sin tener contacto alguno con occidente. Informes similares fueron aportados de diferentes partes de Europa.

Más recientemente se está contando de otras manifestaciones fuera de lo normal—incluyendo las que definitivamente son grotescas. En Gran Bretaña, el nuevo movimiento empezó en Londres y se extendió a otras regiones.

En el verano de 1992, mientras yo ministraba en Kensington Temple, mi esposa Ruth recibió una manifestación profética, que el pastor de la iglesia dio libertad de comunicar a la congregación. El Señor hablaba en la primera persona. El mensaje empezaba de la manera siguiente:

Yo soy el Señor. He decidido visitar

Londres. Recíbanme con acción de gracias y alabanza. Hónrenme con su conducta piadosa.

Absolutamente ninguna honra irá a ningún ser humano. Toda la honra es mía, y no la compartiré con nadie.

Cuatro puntos importantes:

Primero, el Señor declaró su decisión soberana. No dependía de si la gente de Londres cumpliera con ciertas condiciones.

Segundo, el Señor habló de «visitar» Londres. Probablemente lo que está sucediendo allí ahora se podría describir correctamente como «visitación». Sería prematuro hablar de «avivamiento.»

Tercero, la respuesta que Dios espera de su pueblo es una «conducta piadosa.»

Cuarto, toda la honra debe ir sólo a Dios.

Recientemente, muchas personas, principalmente en Gran Bretaña, me piden la evaluación de estos nuevos y extraordinarios acontecimientos, y cómo responder a ellos. Hasta el momento, yo no he estado expuesto directa y personalmente con lo que está sucediendo. Por eso me limitaré a expresar algunos principios generales que pueden aplicarse en diferentes situaciones.

Sobre todo, necesitamos reconocer que el hecho de que una experiencia sea fuera de lo convencional, o hasta extraordinaria, no significa necesariamente que no venga de Dios. En el Antiguo Testamento Dios exigió de sus profetas que hiciesen cosas extraordinarias. Isaías tuvo que andar desnudo y descalzo por tres años (Isaías 20: 13). Ezequiel tuvo que acostarse sobre su lado izquierdo por 390 días y por 40 días sobre su lado derecho, y después tuvo que preparar su comida sobre una fogata de estiércol de bueyes (Ezequiel 4:4-15).

En los Evangelios Jesús sanó a un sordomudo escupiendo y tocando su lengua (Marcos 7:32-35). Después sanó a un ciego, haciendo lodo de su propia saliva y untándolo en los ojos del

hombre ciego (Juan 9:6-7). Más adelante, en el libro de Hechos, leemos sobre muchas cosas que sucedieron en la iglesia primitiva que hoy serían consideradas muy fuera de lo convencional en la mayoría de las iglesias.

Por eso es conveniente acercarse con cuidado a las manifestaciones extraordinarias, pero no con un escepticismo puramente negativo.

Siempre que la iglesia se mueve en el campo sobrenatural, se abren nuevas y estimulantes posibilidades de ministerio, pero al mismo tiempo, también nos expone a nuevas formas de peligro. La Biblia muestra claramente, y la historia de la iglesia lo confirma abundantemente, que Satanás está en su elemento en el campo sobrenatural, y que él prepara trampas y lazos especiales para los cristianos que se mueven en esta dimensión. Particularmente con relación a los «últimos días», la Biblia nos exhorta enfáticamente a tener cuidado de la *seducción*. Somos instruidos a «examinarlo todo y a retener [solamente] lo bueno» (1 Tesalonicenses 5:21).

¿Qué clase de personas debemos ser para poder examinar las cosas de manera apropiada? Encontramos la respuesta en Hebreos 5:14:

El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

Para ello se requieren dos cosas: Primero, debemos ejercer el don de discernimiento continuamente en cualquier situación que nos encontremos. El antiguo proverbio: «la práctica hace al maestro» se aplica tanto en el campo espiritual como el natural. Este don también debe convertirse en un componente de nuestra vida espiritual, como la oración o la asistencia al culto.

Segundo, debemos cultivar una dieta sólida de alimento espiritual. No basta conocer superficialmente algunos pasajes de las Escrituras. Debemos de edificar un fundamento sólido de las grandes doctrinas

cristianas centrales y aprender a aplicarlas en las diferentes situaciones que confrontamos. ¡Ser cristiano es una tarea de tiempo completo!

Un campo crítico en el discernimiento es saber diferenciar entre lo que es espiritual de lo que viene del alma.

Desgraciadamente, para muchos, la realidad de esta división es opacada por las incongruencias en la traducción del griego a nuestro idioma. La palabra griega para *espiritual* es *pneumatikos*, palabra directamente formada de *pneuma*, la palabra para espíritu. En comparación, la palabra griega para *ánimico* es *psuquikós*, formada de la raíz *psyque*, la palabra para alma.

Traducida, la palabra *pneumatikós* siempre significa *espiritual*. Por consecuencia, la traducción natural de la palabra *psuquikos* sería *ánimico*. Sin embargo, en vez del uso normal de esta palabra en las traducciones, se utilizan varias otras como por ejemplo: «animal» «natural» o «carnal» o «mundano» o «sensual». El problema con esta variedad de traducciones es que uno queda con la impresión de que se trata de diferentes palabras griegas; lo que viene a obscurecer dos hechos: primero, que «ánimico» es un concepto importante y característico en el Nuevo Testamento. Segundo, que lo *ánimico* y lo *espiritual* frecuentemente entran en conflicto.

El alma es el campo del razonamiento y del sentir humanos. Esto difiere bastante del modo de funcionar del espíritu regenerado del hombre.

El contraste, la oposición en realidad, entre estos dos conceptos está descrito claramente en 1 Corintios 2:14-15:

Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio, el espiritual juzga todas las cosas...

La conclusión es clara. Entre el pueblo de Dios encontramos tanto a

personas espirituales como a personas *ánimicas*. El hombre espiritual está en su ambiente con las cosas del Espíritu Santo, y reacciona apropiadamente a ellas. El hombre *ánimico* no puede comprender las cosas del Espíritu Santo; sino que con su reacción las distorsiona y las rebaja.

El único instrumento suficientemente cortante y sensible para diferenciar entre lo espiritual y lo *ánimico* es la palabra de Dios.

La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12).

Por eso, el discernimiento correcto es solamente posible para los cristianos que han madurado sustentándose frecuentemente con el «alimento sólido» de la Escritura.

No distinguir entre lo espiritual y lo *ánimico* puede tener consecuencias desastrosas. Hablando de cierto tipo de sabiduría encontrada entre los cristianos, Santiago dice:

No es esta la sabiduría que desciende de lo alto, sino que es terrenal, animal [*ánimica*], diabólica (Santiago 3:15).

Santiago señala tres etapas de una decadencia desastrosa. Cuando el cristiano se sale del campo de lo verdaderamente espiritual y desciende a lo terrenal, entonces es muy fácil pasar de allí al campo *ánimico* y de lo *ánimico* al diabólico. Experiencias y manifestaciones que empezaron en el espíritu se convierten en una puerta abierta para la actividad de demonios. Sin embargo, los cristianos frecuentemente no se percatan de haber pasado del campo espiritual al *ánimico*, y finalmente al campo diabólico.

He aquí un ejemplo: la alegría rebosante y jubilosa puede ser una preciosa obra del Espíritu Santo. Dios se deleita que su pueblo se alegre en él. Él ama al dador jubiloso (2 Corintios 9:7). Pero hay veces que el cristiano quita sus ojos del Señor y

empieza a enfocar su atención en sus propias experiencias subjetivas. La meta se convierte en su gozo personal, y su adoración se vuelve en una forma de diversión. Al final, la alegría verdadera es sustituida por frivolidad y ligereza.

Sin embargo, si tomamos a Jesús de ejemplo, no encontramos ni un trazo de frivolidad o ligereza en él. En toda su vida terrenal, nunca perdió la perspectiva de la intención de su venida a esta tierra: rescatar a hombres y mujeres pecadores de la agonía eterna del lago de fuego. Todas sus enseñanzas estaban impregnadas con la seriedad de asuntos eternos. Lloró y se estremeció en el espíritu, pero nunca hizo bromas. La misma seriedad debe penetrar en todo lo que hacemos los cristianos —y más cuando estamos adorando a nuestro Salvador.

Cuando nuestra religión se convierte en juego, estamos al borde de la idolatría. Se dice de los israelitas al pie del monte Sinaí: «Luego se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse.» (Exodo 32:6). Habían olvidado el temor reverente de las palabras majestuosas que habían escuchado de la propia boca de su Dios. Su adoración se convirtió en una especie de juego, y la próxima etapa fue diabólica: la adoración del becerro de oro. Si nuestra adoración adquiere características de juego, entonces el resultado no será menos serio para nosotros hoy.

Otra forma de expresar la naturaleza *ánimica*, es poner a líderes humanos en un lugar que está reservado para Jesús únicamente. Es correcto expresar gratitud y aprecio a los ministros humanos que nos han ayudado, pero nunca ofrecerles una especie de adulación *ánimica* que se acerque a la idolatría.

Hace unos años, conocí a un pastor temeroso de Dios y exitoso en Suecia, que había levantado en ese tiempo la iglesia pentecostal más grande en Europa. De vez en cuando le decía a su congregación: «Por favor, no me pongan sobre un pedestal, porque si

lo hacen, Dios me hará caer.»

En años recientes hemos visto una sucesión de personalidades carismáticas que han terminado en el desastre, por la simple razón de haber permitido a sus seguidores que los pusieran sobre un pedestal. El Señor es un Dios celoso. El mismo dice: «mi honra no la daré a otro.» (Isaías 48:11).

Otro peligro que amenaza a quienes ministran en la dimensión sobrenatural es la tentación de usar los dones espirituales para manipular, explotar o dominar a la gente. En un período de mi ministerio expulsé a espíritus de hechicería de gente que asistía a la iglesia. Finalmente le pedí al Señor que me mostrase la verdadera naturaleza de la hechicería.

Creo que el Señor me dio la siguiente definición: la hechicería es el intento de controlar a las personas y obligarlas a hacer lo que uno quiere, usando cualquier espíritu que no es el Espíritu Santo.

Después de haber asimilado esto, el Señor añadió: Y si alguno tiene un espíritu que pueda usar, ese no es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Dios, y nadie puede usar a Dios.

Hoy tiemblo cuando veo y oigo a una persona que asegura tener dones espirituales que puede usar según le dé la gana.

Seguramente no es casualidad que algunas de esas personas que aseguran tal cosa han terminado en serios errores doctrinales.

He mencionado tres ejemplos de peligros que resultan cuando se confunde lo anímico con lo espiritual, pero podrían ser más todavía. Lo importante es cultivar una sensibilidad en este asunto, de manera que no seamos seducidos para aceptar lo anímico como si fuera espiritual.

Pablo escribió a los cristianos filipenses: «Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aun más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo...» (Filipenses 1:9-10).

Esta es una oración que

necesitamos orar especialmente para nosotros y para otros.

En Mateo 7:16 Jesús nos da una prueba que podemos aplicar a todo ministerio: «Por sus frutos los conoceréis.» Entonces, en los

versículos 17 y 18, muestra una aplicación más específica: «Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.»

El fruto que debemos buscar

He estado acentuando el principio de que «un árbol se conoce por su fruto.» Lógicamente, evaluando el mover actual en la iglesia, deberíamos preguntar: Si este movimiento es de Dios, ¿qué clase de frutos deberíamos buscar? Quisiera sugerir cinco tipos principales de fruto que probarían la autenticidad del presente movimiento.

1. El fruto de arrepentimiento

A través del Nuevo Testamento, lo primero que Dios exigió no fue la fe, sino el arrepentimiento. Juan el Bautista preparó el camino para Jesús, llamando al arrepentimiento (Mateo 3:2). Cuando los religiosos vinieron a él para ser bautizados, él les exigió que primero produjeran frutos dignos de arrepentimiento en sus vidas (Mateo 3:7-8).

La primera palabra que Jesús predicó fue: «Arrepentíos» (Marcos 1:15). Dijo a las multitudes: «antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lucas 13:3-5). Después de su resurrección, dijo a sus discípulos que se predicara a las naciones primero el arrepentimiento, y después el perdón de los pecados (Lucas 24:47).

En el día de Pentecostés, la primera exigencia que hizo Pedro a la multitud convencida, pero no convertida, fue: «arrepentíos» entonces, sed bautizados (Hechos 2:38).

Hablándole a los atenienses, Pablo dijo: «Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan» (Hechos 17:30). A través de su ministerio él exigió el arrepentimiento hacia Dios primero, después, la fe en Cristo (Hechos 20:21).

El arrepentimiento verdadero no es una emoción sino una decisión de la voluntad: la decisión de alejarse de todo pecado e injusticia, y de someterse sin reservas al señorío de Jesús.

El arrepentimiento es la primera de las seis doctrinas básicas indicadas en Hebreos 6:1-2. Quienes no se han arrepentido verdaderamente, nunca podrán tener un fundamento sólido para su vida de cristianos. A través de los años he aconsejado a centenares de cristianos con varios problemas en su vida. Como resultado, he concluido que por lo menos el 50 por ciento de los problemas en la vida de los cristianos se deben a un hecho muy simple: nunca se han arrepentido verdaderamente.

Creo que hacer incapie nuevamente en el arrepentimiento es la necesidad más apremiante en la iglesia contemporánea de Occidente. Para ser eficaz, cualquier mover en la iglesia debe tratar con este asunto.

2. Respeto a la Escritura

Un segundo factor decisivo en nuestra vida de cristianos es nuestra actitud ante la Escritura. Jesús llamó a la Escritura «la palabra de Dios», y le dio su sello personal por medio de seis simples palabras: «la Escritura no puede ser quebrantada» (Juan 10:35) Ninguna crítica literaria, por más «alta» que sea, puede quitar la fuerza al significado de estas palabras. Si creemos en Jesús, entonces creemos en la Biblia. Si no creemos en la Biblia, entonces no creemos en Jesús.

En Isaías 66:2, el Señor dice: «Pero yo miraré a aquel que es pobre y

Debemos aplicar esta enseñanza de Jesús en forma práctica. Siempre que encontremos mal fruto, debemos reconocer que éste fue producido por un árbol malo. Por eso necesitamos discernir y confrontar al árbol malo.

Pero debemos ir más adelante. Debemos reconocer el tipo de suelo que produce mal fruto. Es el orgullo.

Fue el orgullo que causó la caída de Satanás del cielo, y es el arma principal que usa para ocasionar la

caída de la humanidad. Por eso, la única protección contra la seducción y el error es cultivar la humildad.

Aquí otra vez Jesús es nuestro ejemplo de humildad. En Filipenses 2:5-8 Pablo describe en sucesión los

humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra.» Aquí, Dios combina el arrepentimiento —un espíritu pobre y humilde— con la fe en su palabra.

¿Por qué hemos de temblar a la palabra de Dios? Primero, porque de esa manera permitimos a Dios el Padre y Dios el Hijo, que vengan y hagan su morada con nosotros (Juan 14:23). Segundo, porque un día la palabra de Dios nos juzgará (Juan 12:48).

Desde la creación, Dios ha actuado por medio de dos agentes: su palabra y su Espíritu. Primero, el Espíritu de Dios se movió; entonces siguió la palabra de Dios (Génesis 1:2-3). El resultado fue la creación.

Desde entonces, el Espíritu y la palabra han actuado siempre juntos en armonía. Cualquier cosa que el Espíritu haga, armonizará con lo que dice la Palabra. Además, toda la Escritura es inspirada por el Espíritu Santo, y nunca se contradice (2 Timoteo 3:16).

Eso significa que cualquier tipo de manifestación debe ser probada con esta norma: ¿Está en armonía con la Escritura? Si es así, la podemos recibir. Si no, debemos rechazarla.

3. Exaltación de Jesús

En Juan 16:13-14 Jesús prometió a sus discípulos: ..Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad... El me glorificará...»

Jesús revela aquí dos hechos importantes acerca del ministerio del Espíritu Santo. Sobre todo, su función suprema es glorificar a Jesús. Esto proporciona un criterio de prueba autorizado de cualquier manifestación espiritual. ¿Nos enfoca la atención en Jesús? ¿Exalta a Jesús?

En cuanto se permita a las personalidades humanas ponerse en el centro de nuestra atención, el Espíritu Santo empezará a retirarse. La exaltación de las personalidades humanas muchas veces ha sofocado lo que originalmente fue un genuino mover del Espíritu Santo.

Además debemos notar que Jesús destaca con esmero que el Espíritu Santo no es «algo» sino «alguien». Cuando algunas personas empiezan a explicar sus experiencias espirituales en el sentido de haber recibido «algo», puede suceder fácilmente que obtengan el «algo» equivocado.

Jesús es una persona, y el Espíritu Santo es una persona. La persona del Espíritu Santo, atrae a los creyentes a la persona de Jesús. Si hacemos de una doctrina o de una experiencia el centro de atracción de nuestra reunión, entonces, en el sentido espiritual, estamos «fuera de centro.»

4. Amor para nuestros hermanos cristianos

En Juan 13:35 Jesús dice a sus seguidores: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros.» En 1 Timoteo 1:5 Pablo dijo: «El propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, de buena conciencia y fe no fingida.» Cualquier forma de actividad religiosa que no produzca este resultado, Pablo la rechaza de «vana palabrería».

En 1 Corintios 13:2 Pablo aplica esta prueba a sí mismo: «Y si tuviera profecía, y entendiera todos los misterios y todo conocimiento, y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara los montes, y no tengo amor, nada soy.»

Pero antes que apliquemos esta prueba a otros, debemos hacer lo mismo que Pablo, aplicarla a nosotros mismos. Cada uno de nosotros se debe preguntar: ¿Mi fe me ha convertido en una persona llena de amor?

Entonces, y sólo entonces, podemos aplicar esta prueba al presente mover en la iglesia. ¿Está produciendo cristianos que sinceramente se aman unos a otros, sin tomar en cuenta las etiquetas denominacionales? ¿Hará que los incrédulos digan de esta gente lo que el mundo decía de la iglesia primitiva: «Mira cuánto se aman estos cristianos»?

5. Amor para con los no alcanzados

En Juan 4:35 Jesús dijo a sus discípulos: «Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.» Si estas palabras fueron verdad en los días de Jesús, entonces ciertamente son verdad más aún hoy. He tenido el privilegio de viajar y ministrar en muchas naciones, y he llegado a la conclusión de que ¡estamos viviendo en tiempos de la cosecha!

Sin embargo, muchos cristianos que podrían estar trabajando en los campos de la siega en mundo han caído en el lazo del egocentrismo materialista. Creo que cualquier movimiento genuino del Espíritu Santo dará como resultado una multitud de nuevos obreros enviados al campo de la siega en el mundo. De otra manera, no refleja verdaderamente el corazón de Dios.

Si un número importante de cristianos en el actual movimiento pasa todas, o la mayoría de las pruebas arriba indicadas, entonces se puede concluir que, con seguridad, es un mover de Dios. Esto no significa que todos sean perfectos y todo sea intachable. Dios no tiene gente perfecta con quien trabajar. Es asombroso lo que Dios puede hacer con gente débil y falible que verdaderamente

Pensamiento

por Cristiano Normal

siete pasos descendentes que llevaron a Jesús de un lugar de igualdad con Dios hasta la muerte como un criminal en la cruz. Entonces continúa: «Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas...»

Nótese el significado de la expresión «Por eso.» Jesús no fue exaltado por ser el Hijo favorito. Fue exaltado porque había cumplido con las condiciones para ser exaltado: se había humillado a sí mismo.

En Lucas 14:11 Jesús afirma esto como un principio general que se aplica en todo el universo: «Cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

Dios lo deja a la discreción de nosotros mismos: ¿nos exaltaremos a nosotros mismos sólo para ser rebajados? o ¿nos humillaremos para ser exaltados? Si tomamos la decisión correcta podemos seguir adelante confiadamente en lo que Dios está haciendo por medio de su Espíritu Santo, sin temor de ser seducidos o de cometer algún error.

Lamentablemente, algunos cristianos de vez en cuando interpretan alguna forma de manifestación sobrenatural que han recibido, como una medida de espiritualidad especial. Tienen a verse a sí mismos como si estuviesen en un nivel espiritual más alto que los otros que no han recibido una experiencia similar. El resultado final podría ser otra trágica división en el Cuerpo de Cristo: entre los que han tenido cierta experiencia sobrenatural y los que no.

A comienzos de este siglo sucedió algo similar cuando el don de lenguas fue restaurado al pueblo de Dios. Los cristianos se dividieron entre los que hablaban en lenguas y los que no lo hacían. Por la gracia de Dios se está sanando esta división en particular. Oremos para que no suceda una nueva división causada por cualquier otra manifestación sobrenatural.

Derek Prince, fue educado en Inglaterra en las Universidades de Eton y King's College, en Cambridge ocupando en esta última el cargo de profesor residente de filosofía. Actualmente su ministerio suministra material de enseñanza bíblica en muchos idiomas, en 140 naciones por medio de libros, grabaciones

“No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo...” rogó Jesús al Padre.

Al escuchar a los hermanos, todos tienen una idea de lo que es el mundo y del mal. A menudo lo escuchamos en las prédicas. Inclusive todos tenemos nuestra propia definición que sustentamos de uno u otro modo en nuestra propia experiencia, en las escrituras o en lo que nos han enseñado. Dicho sea de paso, en ocasiones la vamos modificando conforme pasan los días. Recuerdo cuando ir al cine era considerado un asunto “del mundo” al igual que andar en vehículo un Viernes Santo.

Es común que las definiciones del mundo y del mal estén asociadas a los mandamientos. Matar, robar, mentir, odiar son comportamientos que se observan a diario contra los cuales Nuestro Señor nos debe librar y estamos conscientes de ello. Pero estoy seguro que debe haber más de un mal que no es tan obvio y que puede impedir que lleguemos a ser lo que el Padre desea que seamos. Uno de esos es el éxito.

Todo el mundo nos enseña en todo momento que debemos alcanzar el éxito. Nuestros padres, la escuela, nuestro entrenador de deporte, hasta nuestro pastor. ¿Hay algo malo con ello?

Hace unos días estuve reunido con mis amigos de colegio. Entre broma y broma, conversábamos sobre las labores de cada, sus logros durante los veinte o más años desde que nos graduamos del colegio. Sin duda nuestra clase fue privilegiada ante los ojos de los demás. No solo teníamos varios profesionales, sino que un destacado político, varios empresarios exitosos. Sin hablar de las fortunas que algunos habían acumulado, las casas ostentosas, carros lujosos y demás bienes que tienen que ver con el éxito.

Aparte de la alegría que causó la reunión por volver a ver a personas queridas y por todo lo bueno que habían logrado, se apoderó de mí una serie de cuestionamientos sobre mi propio desempeño. No es que no hubiera logrado obtener una profesión o que estuviera viviendo en la miseria, sino que cuestionaba si a la fecha había obtenido éxito o no y una medida natural de éste eran mis propios compañeros de colegio. Personas que conocía en cuanto a sus capacidades, limitaciones y problemas, criados en circunstancias parecidas y que habían llegado a alcanzar algún grado de reconocimiento en nuestra sociedad.

Los meses que siguieron a dicha reunión fueron bastante frustrantes. Todas las pruebas apuntaban a que había fracasado. Cuestionaba algunas de las decisiones que había tomado en los años pasados, si hubiera estudiado otra cosa, si hubiera aceptado tal otro puesto, etc.

Visto en retrospectiva, en esa oportunidad me había dejado llevar por lo que el mundo califica como éxito.

Conversando al respecto con un amigo, me decía que al momento de la crucifixión, todo el pueblo veía a Jesús como un fracasado, se burlaban de él. Ante los ojos del Mundo, Jesús no había alcanzado el éxito, pero precisamente mediante la crucifixión obtenía el cumplimiento de su misión, la derrota del pecado. ¡Qué diferencia!

Así, algo tan común como puede ser el éxito, puede convertirse en un elemento más del mal del cual nos tiene que librar Nuestro Señor, si lo sacamos de la perspectiva y del llamado que cada uno tiene.

Cada uno de nosotros debemos buscar alcanzar el éxito, no hay duda; pero sin perder la visión que Dios nos da, la cual es personal y específica.